

# Jorge Luis Borges: el mundo de la ficción

## Una entrevista con Seamus Heaney y Richard Kearney

**Nota previa del traductor:** *Presentamos a continuación la entrevista que Jorge Luis Borges ofreció a Seamus Heaney y Richard Kearney en junio de 1982, con motivo del centenario de James Joyce. La entrevista fue publicada al año siguiente en el número siete de la revista The Crane Bag, con una nota introductoria de Richard Kearney, por aquel entonces profesor de filosofía en el University College de Dublín<sup>1</sup>.*

*Resulta curioso leer esta entrevista catorce años después de su publicación original, con la nueva perspectiva otorgada por la concesión del premio Nobel a Seamus Heaney. Pese al prestigio madrugador del poeta irlandés, que ya en aquellos años gozaba de un seguimiento y aplauso crítico constantes, no sería prudente establecer comparaciones entre los dos escritores: el propio Heaney, refugiado en el silencio y la apostilla prudente, parece entenderlo a la perfección. La erudición y peculiar fuerza imaginativa de la mente borgiana no tardan en imponerse a la voluntad inicial de sus entrevistadores, que se hallan ante un perfecto conocedor de su literatura nacional, y a un maestro del diálogo y la evocación sólo en apariencia azarosa; se reúnen aquí, pues, argumentos y escritores que el aficionado a Borges reconoce al instante: la filosofía de Berkeley, James Joyce («intrincado y casi infinito irlandés», como lo definiera en el ensayo «Flaubert y su destino ejemplar»), Juan Escoto Erígena y la concepción del «Nihil» (retomando el comentario de «Vindicación de Bouvard et Pécuchet»), la idea del eterno retorno que articula Historia de la eternidad y, por supuesto, las diversas concepciones del tiempo y el espacio que pueblan los mundos imaginados de Uqbar y Tlön. El resultado puede el lector juzgarlo por sí mismo, aunque cabe notar la escasa originalidad de ciertas preguntas del Nobel irlandés, preocupado como siempre por Jung, Dante y el influjo probable del catolicismo; sin duda, Borges no era su fuerte. Sorprende, asimismo, la falta de alusiones a otro irlandés admirado por Borges, Jonathan Swift,*

<sup>1</sup> Nacido en 1954, Richard Kearney es en la actualidad catedrático de filosofía en la misma universidad. Entre sus libros destacan *Poétique du Possible* y *Poetics of Imagining*, además del volumen de poemas *Angel of Patrick's Hill*.

*quien, junto a Shaw y Berkeley, compone una tríada repetida y comentada en diversos escritos borgianos. Es una ausencia sobre la que quizá no vale la pena especular, pero que contrasta con ciertas líneas del «El escritor argentino y la tradición» que Kearney y Heaney no parecen haber recordado y que sirven, pienso, de perfecto complemento a este trabajo: «Tratándose de los irlandeses, no tenemos por qué suponer que la profusión de nombres irlandeses en la literatura y la filosofía británicas se deba a una preeminencia racial, porque muchos de esos irlandeses ilustres (Shaw, Berkeley, Swift) fueron descendientes de ingleses, fueron personas que no tenían sangre celta; sin embargo, les bastó el hecho de sentirse irlandeses, distintos, para innovar en la cultura inglesa. Creo que los argentinos, los sudamericanos en general, estamos en una situación análoga, podemos manejar todos los temas europeos, manejarlos sin supersticiones ...». El lector inquieto no puede evitar preguntarse, en fin, qué habrá pensado Seamus Heaney al leer estas líneas.*

*Por último, debo añadir que las escasas notas insertas no tienen más propósito que el de aclarar ciertas alusiones o expresiones idiomáticas no conocidas por el lector español.*

J.D.

### **Nota introductoria:**

La entrevista que sigue tuvo lugar en Dublín el 16 de junio de 1982, *Bloomsday*. Borges estaba pasando unos días en la capital irlandesa con motivo del centenario de James Joyce, invitado por Anthony Cronin y el comité organizador. Borges leyó por vez primera a Joyce en 1922, cuando un amigo le prestó un ejemplar de la primera edición de *Ulises*. En 1925 publicó un notable artículo sobre Joyce y una traducción del fragmento final de la obra en la revista argentina *Proa*, titulada «El Ulises de Joyce/ Traducción de James Joyce, La última página del Ulises».

Durante cerca de sesenta años, y de acuerdo con sus palabras, Borges había «recorrido el paisaje imaginario» del Dublín que Joyce retratara en *Ulises*. Había vivido en un Dublín de ficción: no como presencia visual sino como ausencia imaginativa. Ahora que al fin ponía pie en la ciudad laberíntica de Joyce, «a la proveya edad de 82 años», era un hombre ciego, obligado aún a representar mentalmente unos contornos visuales ausentes: al igual que el ciego del episodio de las «Sirenas», debía abrirse paso bastón en mano por las calles de la ciudad, recreándola igual que hiciera Joyce en sus últimos años: para ambos, la ciudad era memoria y ceguera. «Quizá mi viaje a Irlanda no sea sino un sueño», meditó. Bor-

ges paladeaba la ironía de esta coincidencia traviesa, digna del propio Joyce.

Pero las semejanzas entre Borges y Joyce no terminan, ni empiezan, con el *Bloomsday*. Ambos son magos de la palabra, vanguardistas inquietos y a menudo herméticos que exploran nuevas formas de creación literaria (la ficción ajustada, alegórica, de Borges, la prosa épica, expansiva, de Joyce); ambos promueven la aparente paradoja de que una conciencia literaria internacional ha de ser forjada a partir de una lengua vernácula y de las experiencias que en ella se expresan; ambos creen en la naturaleza cíclica del tiempo, convencidos de que los mundos de la realidad y de la ficción se entremezclan continuamente y de que el significado de la historia de los hombres se revela en los *corsi* y *ricorsi* de Juan Bautista Vico, en la senda que no deja de dar vueltas antes de volver a su comienzo.

La transcripción de nuestras intervenciones se ajusta al formato de pregunta/respuesta por razones de prudencia y concisión editorial. Esto, inevitablemente, no hace justicia a los frecuentes saqueos que Borges y Heaney realizaron al banco de la memoria poética; fieles a la lógica pausada, inmediata de la asociación y la cadencia, se espolearon mutuamente, haciendo calas azarosas pero excitantes en las arcas de Shakespeare, Swinburne, Coleridge, Wordsworth, Tennyson, Kipling, Stevenson y Browning, debatiendo la identidad literaria del «alma inglesa», contrastando las melodías populares de los tangos y milongas bonaerenses con las baladas del Ulster, o recitando y comparando traducciones de Dante (tanto Borges como Heaney han reflexionado por escrito sobre el episodio de Ugolino en la *Divina Comedia*, otra coincidencia literaria que, como es evidente, encantó a Borges).

Borges habló de muchas cosas que no ha sido posible reproducir en las páginas que siguen. Habló largamente, por ejemplo, sobre la situación política de su país, explicando cómo un número de jóvenes intelectuales argentinos, entre los que se contaba, se habían alineado con la República durante la Guerra Civil española, y cómo, en los años cuarenta, su madre y su hermana habían sido encarceladas con un grupo de prostitutas por mandato de Perón; habló de su miedo a cualquier forma de nacionalismo insular o triunfalista (que contraponía explícitamente al internacionalismo de las letras encarnado por Shaw, Joyce y Wells). También se refirió a la crisis de las Malvinas, ya que los periódicos del 16 de junio incluían las primeras noticias sobre la rendición del ejército argentino. Por petición expresa de Borges, hemos eliminado dichas alusiones del texto. Por último, Borges señaló algunas de las referencias biográficas que más le han formado: su abuela inglesa y anglicana, quien, durante su infancia, le leyó el *Libro de Job*, los cuentos de Grimm, *El libro de la Selva* de Kipling y los «fantásticos asesinatos» de Dickens; su adorada madre, que le enseñó